

A L M E R Í A

Por Juan GOYTISOLO

Fragmento de un libro titulado La Chanca, de próxima publicación.

CUANDO LLEGUÉ a Almería habían transcurrido solamente setenta y dos horas. El día anterior, en Valencia, el cielo amaneció encapotado, y, mientras el tren recorría sin prisa la ruta de Almansa, hubo un amago de cernidillo. Era un recibimiento triste para mí, pero yo calculaba mentalmente los kilómetros que me separaban de Almería y el corazón aleteaba con fuerza a la idea de que aquella misma noche podría acostarme en paz. Había dejado atrás los paisajes grises del Norte y la opulencia de Levante, y la excitación del Sur me mantenía aferrado a la ventanilla. No sé cuantas horas pudo durar el viaje. En el palmar de Elche, una banda de nubes oscuras asombraba el horizonte y los pájaros volaban a ras de suelo como remusgando la tormenta pero, en el momento en que comenzaba a desalentarme, el tiempo se desnubló poco a poco y, en Murcia, sobre el amarillo y rojo de trigales y ñoras, el sol lucía magnífico.

La ciudad andaba ajetreada como de costumbre y, en una taberna próxima a la parada de los autobuses, tomé un pescado desaborido, un Jumilla de buena boca y un café de recuelo. Luego, el coche de línea partió, repleto hasta los topes, a través de una geografía que conocía bien — por Alcantarilla, Totana, Lorca y Puerto Lumbreras. En la nava, el ocre casaba con el verde de los campos y, más al sur, la luz tenía de rojo la ceja de nubes de la sierra. La carretera cortaba el paisaje, recta como un cuchillo. Entre las palmeras y pinos de la orilla, los viajeros contemplábamos las tablas de hortaliza y los sequedales, los cortijos asentados en la sillada del monte, rectangulares y blancos en medio de alguna mata de almendros. Faltaba casi un mes para la siega y las sementeras de los tempranales empezaban a campar. Una hora después, al transponerse el sol, en el llano había infinita calma. Cordilleras y gajos se dibujaban a contraluz y el cielo palidecía, liso como una hoja. El crepúsculo nos escoltó aún hasta Los Gallardos. Después, la oscuridad se hizo completa, y me dormí. En la duermevela oía el parloteo monótono de los pasajeros, y, a cada alto del coche,

una mujer enlutada o un compesino cargado de cestas y paquetes subía o bajaba acompañado de la efusión ruidosa de los suyos y, por unos instantes, me sacudía de mi modorra. El acento entrañable de los almerienses acunaba como una nana. Hacía meses que no oía la risa fresca de las muchachas ni el vocejón gutural de los hombres, que tanto recuerda al árabe. El autobús faldeaba los montes lunares de Tabernas y éramos los únicos seres vivos en muchas leguas a la redonda. De trecho en trecho, algún viajero se apeaba junto a una venta y, confusamente, entreveíamos siluetas de niños y mujeres, iluminados apenas por la luz de los candiles.

Me dormí de nuevo y, al despertar, estaba ya en Almería. Por la calle el viento corría cálido. Cogí un coche de punto y di la dirección del hotel. No era todavía medianoche, pero la ciudad parecía desierta — el chacoloteo de las herraduras sonaba rítmicamente sobre el asfalto. El cochero me ayudó a descargar la maleta y el mozo de equipajes me guió a la habitación. Tal como había pedido, caía al Paseo — las ramas de los ficus rozaban el vuelo del balconaje. Por primera vez en largo tiempo dormí a pierna tendida. Al reír el alba, me levanté a emparejar las hojas de la ventana, pero enseguida me volví a acostar. Cuando desperté al fin, el reloj de la catedral daba las nueve.

Era un día de los que a mí me gustan —cálido, luminoso y seco y, después de lavarme y afeitarme, bajé a tomar el café. Almería había cambiado y yo me sentía como en familia. Las terrazas del Paseo estaban llenas de ociosos y los guardias de tráfico regulaban la circulación vestidos de dril y tocados con cascos coloniales. La multitud fluía por las aceras en grupos compactos: hombres cenceños y oscuros, con sombrero calañés y chaleco; mujeres casadas o enlazadas al brazo de alguna amiga; militares, chalanes, loteros y limpiabotas — un conjunto abigarrado y policromo. La clientela de los bares era exclusivamente masculina. Tras recorrer varios, me decidí por uno pequeño y bebí un expés en la barra. En el quiosco de Puerta

Purchena un vendedor voceaba el Yugo. Le di los seis reales al salir y, sin hojearlo, torcí por Obispo Orbera, hacia la báscula del Ayuntamiento.

Junto a la esquina, media docena de coches de punto aguardaban cliente sin desanimarse. La feria se extiende en redor del mercado y, al cabo de cada ausencia, el decorado que uno encuentra es, aproximadamente, el mismo. Entre los tenduchos de tejidos y loza, los charlatanes pregonan un variado surtido de mercancías: ferrería de Chamberga, cañaduz, higos chumbos, quincalla, tebeos, hierbas medicinales. Los regatones se avistan en corrillos, discutiendo precios y, de vez en cuando, hay un anillo de zánganos en torno a algún embaidor que se esfuerza en embocar, con gran derroche de labia, las excelencias de su artículo.

Bajo la solina, el mercado bulle igual que un zoco. Pasa un canónigo con la sotana ribeteada de encarnado y una cruz de plata en el pecho, un mendigo viejo cubierto de tiña, una pareja de guardias civiles. La belleza ruda de la gitanería que feria se baraja con el desamparo e invalidez de una vocinglera Corte de los Milagros. El tracoma ha devorado los ojos de los loteros que prometen "la suerte para hoy", agitando sus párpados sarnosos, diminutos como cicatrices. Cada número tiene un apodo, que los ciegos salmodian en forma de letanía:

—¡El tomate!

—¡El gato!

—¡El ratón!...

—¡El pimiento!

—¡La calabaza!

—¡La muerte!...

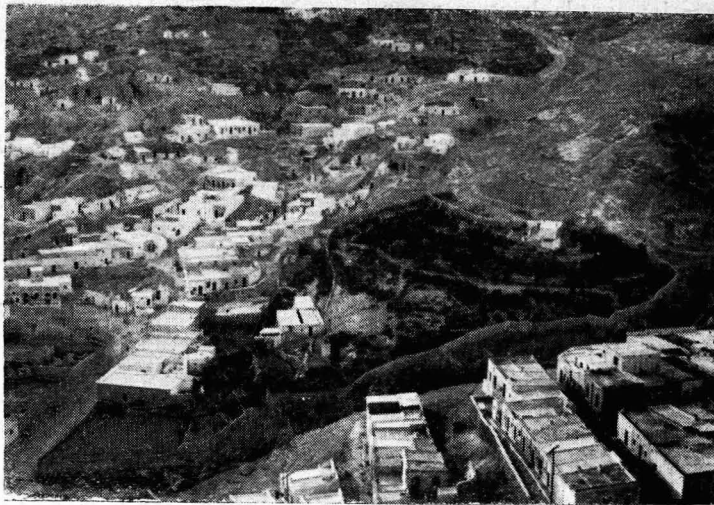
Acompañado por la cantinela de los ciegos doy la vuelta al mercado. En la báscula, una parvada de hombres espera alguna chapuza, pegando tranquilamente la hebra. La mayoría visten de modo miserable, con los fondillos de los pantalones rotos y las camisas plagadas de remiendos. Subido en la caja de un camión, en el cruce de la calle Juan Girola, un individuo arenga al público con la ayuda de un micrófono, y me aproximo a oír. El vendedor es tipo

sanguíneo, de pelo engominado, que habla con acento madrileño, protesta y gesticula: "A mí no me importa la venta, señoras y señores, lo que me interesa, y vaya ello como una confesión que su natural inteligencia no dejará de comprender, lo que me interesa, decía, es la popularidad..." El ayudante exhibe una manta de algodón malva y rosa, y el hombre la desdobla como si desnudara a una mujer y la alarga a la concurrencia: "Tóquenla sin temor, señoras y señores, que el tejido no se resentirá por su contacto, y su suspicacia, si alguna suspicacia les quedare todavía, desaparecerá inmediatamente. Porque yo quiero que se convenzan de una vez, señoras y señores, de que la firma Angel Tomás Hijo es una firma de garantía, que sólo atiende a la irradiación de su prestigio comercial y personal... Mi señor padre recorre esta provincia desde hace dos meses y, no es por decirlo, señoras y señores, pero se cansa de vender. Él quería que yo le acompañase a plebiscitar la mercancía. Mi señor padre es de edad avanzada y, aunque no le falta salud, gracias a Dios, no puede dar abasto a todas las demandas. Pero yo he preferido venir aquí, a ponerme al servicio incondicional de ustedes y sé que ustedes me apoyarán... El éxito en la capital repercute en la provincia y, un servidor, lo sacrifica todo al nombre de la entidad... A ustedes les ofrecerán en la vida muchas mantas de buen ver, pero ustedes no morderán el anzuelo que les tienden. Hay comerciantes sin conciencia que quieren encajar sus artículos aunque sean tarados. No esperen jamás eso de mí ni de mi señor padre. Lo que importa en la manta no es el aspecto, señoras y señores. Lo que cuenta, y ahora es el técnico quien les habla, es el casco, el cuenco, la molla y el tejido..."

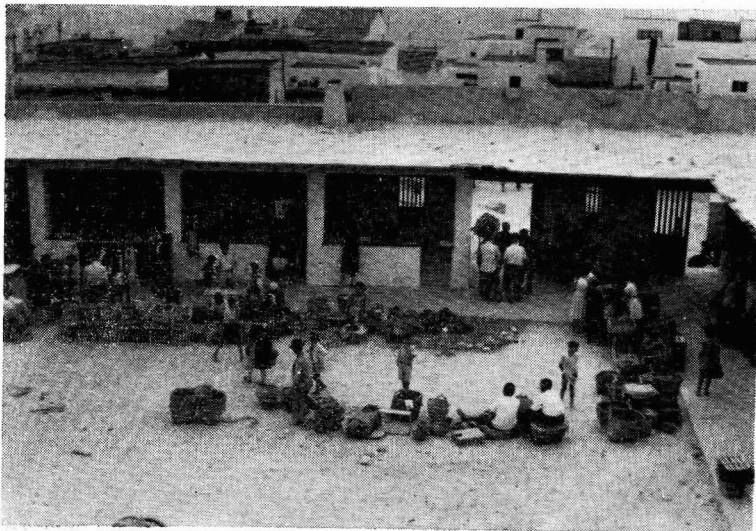
Como el charlatán continuaba soltando la taravilla, me escurrí hasta el bar de la esquina y bebí otra taza de café. Los hombres de la báscula seguían la prédica con indiferencia. En un momento dado hubo dos que corrieron, persiguiéndose como chiquillos y, al alcanzarse, forcejeaban y se daban en la cara con la mano. Por la acera pasaron unas monjas con un serón de legumbres. Cuando salí, el embaucador había extendido una nueva prenda y achuchaba: "Es una manta de sultán. Una manta de novia y novio. Una manta de noche de bodas..." pero los curiosos no parecían dispuestos a dejarse enlariar y, llegada la hora de poner los cuartos, comenzaban a dispersarse.

Volví al Paseo, contorneando los puestos del mercado y me senté en una terraza, junto al hotel. En la mesa vecina, tres hombres vestidos con trajes veraniegos conversaban alrededor de una botella de Moriles. Debían de ser empleados de banca o funcionarios del Estado, pues les lucía bien el pelo. El de mi lado era menor que los otros y hablaba de modo redicho. El del centro vigilaba con el rabillo del ojo el va y viene de las mujeres. Al tercero le zumbaban ya los cincuenta años. Un limpiabotas trabajaba arrodillado a sus pies, y aparejé el oído.

—A mí me revienta perder el tiempo en floreos. Cuando una chica no quiere se ve en seguida...



"Por la calle el viento corría cálido"



"Los charlatanes pregonan un variado surtido de mercancías"



"La ciudad parecía desierta"

—A muchas les agrada hacerse rogar.
—Pues yo te digo que les aproveche. A mi edad uno no está para zarandajas. Yo no tiro a bulto jamás. Yo voy a tiro hecho.

—Cuando servía en Tenerife, aquello daba gusto. Allí encuentras nenas de dieciocho abriles por doscientas pesetas. Y educadas y finas, no como las de aquí... Había una, de buena familia, que estaba encaprichada con menda le- renda y nos pegábamos cada restregón los dos, que no quieras tú saber...

—Yo, en Málaga frecuentaba una casa de menores, algo como para chuparse los dedos... Tú ibas allí, la patrona te enseñaba sus fotos y elegías la que querías. Y, como le cayeses bien a la nena, no te pedía nada. A veces, algún regalillo, cualquier tontería, unas medias de nailon...

—Yo, en Albacete, me lié con una que no me dejaba a sol ni sombra. Dieciséis años tenía el guayabo... Cuando me fui andaba desesperada. La pobre quería venirse conmigo.

—A mí, en Canarias, una me regaló este reló. Una tía de miedo, casada ella, con uno de esos temperamentos que bueno... El marido llevaba más cuernos que un saco de caracoles.

Durante varios minutos les oí discutir con voz ronca. El de en medio pretendía que las solteras se dan con más facilidad que las casadas, mi vecino sostenía que no, y los dos se pusieron a razones. El viejo quiso contar una anécdota y dijo que el problema consistía en tentar bien el vado. Los tres se degollaban el cuento unos a otros y, concluida la enumeración de sus proezas, criticaron a las mujeres de Almería.

—Ninguna vale cosa. Yo, en cuanto tengo permiso, me largo arreando a Málaga.

—Málaga es como Tenerife. Cuando sales con una moza todo es saber los puntos que calza. Las de Almería sólo hipan por el dinero.

—Interesadas que son. Que si el portero, que si el del taxi...

—Que un ramito de flores, que si el guitarrista...

—No sé por quién se deben tomar. La de la otra noche me pedía cuarenta duros.

—Yo le di veinte a la mía, y Santas Pascuas. Untar el carro es una cosa y que te tomen el pelo otra.

—Haz como yo. Cuando salgo con ellas me las compongo para no llevar encima más que doscientas pesetas.

—Yo también. La última vez me pillaron el día en que cobramos y dije que iba a orinar y me guardé los billetes gordos en el zapato.

—Yo los escondo siempre en el calce-tín.

—El dobladillo del pantalón es lo más seguro.

El limpia había acabado la faena y, en tanto que el más viejo sacaba las perras del bolsillo, los otros siguieron hablando de los apartadijos en donde solían ocultar el dinero, se lamentaron de la avidez y fealdad de las de Almería y, tras evocar aún felices encuentros, concluyeron que, para mujeres no había sitio como Canarias.

Yo hojeaba discretamente las páginas de *Yugo* y, al alzar los ojos, descubrí a una muchacha muy joven, que se había detenido frente a mí con una hucha y se inclinaba sobre mi solapa para prenderme una banderita.

—Para el cáncer —dijo.

Era delgada y guapa y, a contraluz, el sol enrubiaba sus cabellos.

Riendo, le pregunté cuando había colecta para combatir el Gran Cáncer.

—¿El Gran Cáncer?

—Sí.

Hubo un punto de silencio. La chica no comprendía.

—¿De qué cáncer habla?

—¿No lo ha visto usted? —dije.

—¿Verlo? ¿Dónde?

—Aquí.

—¿Cuándo?

—Todos los días. Ahora mismo.

—No lo entiendo a usted.

—Reflexione. Mire a su alrededor.

La chica obedeció. Tenía los ojos rasgados, muy grandes, profundamente sombreados de pestañas.

—No caigo —dijo.

—¿No?

—No, señor.

—Bueno, igual da. No tiene ninguna importancia. Un día caerá usted y se reirá.

Saqué un duro arrugado de la cartera y se lo alargué.

—Entre tanto combatamos éste.

La muchacha cogió el billete y se despidió con una sonrisa. El pelo le cubría graciosamente los hombros y, al andar, la falda le ceñía las caderas. Sus piernas eran oscuras, casi oliváceas.

Mis vecinos charlaban todavía de escondrijos y planes, y me incorporé. La atmósfera estancada del Paseo me asfixiaba de pronto. Pregunté al mozo cuánto debía y, mientras el viento sacudía las ramas de los ficus e inventaba sombras en la acera, me alejé rápidamente del Gran Cáncer.

